

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Queridísimo lector:

Siempre que iniciamos la redacción de una carta parecida a la presente, de la que tú eres su dignísimo destinatario, tenemos en mente el título Palabras Precisas, que ampara el libro de versos escrito tal vez hacia 1967 por Víctor Villela, víctima, entre muchas, de los sucesos de 1968.

Con cuánto gusto no nos satisfaría escribir estos renglones llevando por finalidad el ahorro de palabras, de suerte que sólo comparecieran las justas en número, las precisas en medida, pero no será así porque entre las muchas deficiencias que asuelan el mundo de los literatos registramos los excesos verbalizantes en medidas que van del chubasco a la catarata, y de la cascada al diluvio. Son tantas las palabras que se acumulan en los escritos de muchísimos escritores, que el lector no puede menos que perderse y atender más el centón de vocablos nuevos y viejos que la materia o asunto preocupación, se supone, del autor.

Y es que no resulta fácil decir las cosas con las palabras precisas; muchos lo han intentado sin más éxito que caer en la sequedad, o en un conceptismo venido a menos, debido a la aridez enmarcada por el esquematismo propio de quien más que ahorrar términos los escatima.

Azorín, claro, caminó con buen viento en el arte de apretar los párrafos en extremos admirables. Da la impresión de que cada sustantivo nace en su pluma acompañado del adjetivo condigno. Ni exceso aquí ni precariedad allá, todo en su justo medio, nada fuera de la medida. Sin embargo, de tanta eficacia azorinesca, pocos, muy pocos, atendieron su lección al seguir sus métodos y procedimientos. Unos puestos aquí para remedar al maestro, devinieron redactores de telegramas, otros cayeron en lo redicho, el remedo, la copia, y es que el estilo de Azorín de tan imitable a la corta y a la larga muestra no serlo.

Tú, lector siempre advertido, tienes en mente a Errnilo Abreu Gómez, y produces en tu ánimo el gusto de recodar sus páginas tersas, sujetas a la economía verbal bien concebida y mejor realizada. Nunca dejas de gustar las tiradas sentenciosas sin enmendadura de la precisión, las simetrías conceptuales, las cimas alcanzadas por el sustantivo y el adjetivo tomados de la mano, y dices ya en voz alta o para ti, cuánto bien operan en tu espíritu las páginas de Abreu Gómez y las de Azorín.

Y ya puesto en el afán de ver a tu alrededor quiénes van más hacia el significado de los asuntos y no a sus resplandores significantes, te enlazas con julio Torri, lo lees aquí, lo espigas allá, con gusto saturado. Lo propio haces con Alfonso Reyes. Comprendes cómo en él no hay pierda y también cuánto exige de atención a fin de que tú, su lector devoto, no pierdas pie y verifiques su facilidad y, sobre todo, las altas maneras de hacer perdurar las glorias de una lengua todavía, sí, todavía, vigente.

¿Y qué pasa con Martín Luis Guzmán? Vendrá uno por ahí a decirnos que se apegaba demasiado a los vahos de la Academia de la Lengua, pero otros, menos melindrosos, hallarán en su siempre novedosa escritura, la maestría latente al servicio de la eficacia narrativa o conceptual o doctrinario, cuanto tú quieras lector, extremado catador de letras humanas.

Y prosas vienen y prosas van, unas metidas hasta el cuello en los excesos verbales, y otras -las menos- no. Y como no sabes detenerte en el recuento de ejemplificaciones, traes a colación la prosa de Amado Nervo, la de Ramón López Velarde, la de Rafael López, la de Salado Alvarez y otras que se doran mejor si se les ve a la luz de los textos de Pedro Henríquez Ureña. En ellos las palabras no competían con la abundancia y la adiposidad. Qué va. Iban a lo que venían, y de aquí que López Velarde, por caso, no terminara nunca fatigado al referirnos cuán grato le era hacerlo.

Y no todo está situado en la lejanía o pasado mediato; en la hora actual también hallamos quienes buscan y hallan sin esfuerzo, la mejor manera de verter sus textos sin exceder procedimientos ni abrir la espita anegadora de muchas palabras innecesarias. El maestro Bonifaz Nuño, siempre tan festejado, sabe cómo se lleva adelante con buen fin una prosa; sus ensayos sobre materia plástica nos lo dicen con elocuencia,

asimismo sus discursos eludidores de la pesadez. Estos pasos son seguidos -los de Bonifaz Nuño- por otro joven maestro, José Emilio Pacheco, quien sabe cortar la pluma con las tijeras de la precisión.

Hay otros varios literatos de la misma familia, Paz, Monterroso, pero la verdad es que los más son aquellos que de una sentada aspiran a vaciar el lexicón de todas las palabras posibles a fin de decirnos, si ése fuera su deseo, el lugar que ocupan en el universo. Entre estos últimos nos hallamos nosotros, malos lectores de los clásicos y peores seguidores del Juan de Mairena, del siempre divino Antonio Machado.

De continuo andamos jugando a la gallina ciega con el casticismo o perdidos en un dédalo de significantes indeseables. Por tal causa estas cartas, las que te asestamos, lector amigo, se sobrepueblan con tantas materias y discurrencias que más parecen casas de huéspedes ofrecidas a las doce tribus de Egipto. Sin embargo, pese a todo cuanto socorre la dilatación del vocabulario, te queremos mucho, porque sabemos que en el fondo nos perdonas la verbalización desbordada.

Y más habrás de perdonarnos al momento en que hayamos de decirte que la temática de cómo se impone en nuestro tiempo el ahorro de palabras para combatir el barroquismo excesivo, fue elegida por nosotros la noche del 27 de mayo pasado, para mostrar al público reunido en la Galería Metropolitana, quién es y cómo piensa un intelectual.

En efecto, merced a palabras parecidas traté de informar a un grueso público cómo se conduce un literato, un intelectual de nuevo cuño pero refugiado siempre bajo las alas del humanismo, en el momento de presentar a un grupo de autores, todos mexicanos. El asunto corre así, la UAM Azcapotzalco hizo publicar una serie de pequeños libros en su colección Laberinto. Todos con el nombre genérico de Confrontaciones, recogen los debates sostenidos entre un autor y un público movido por la curiosidad legítima de saber qué hace, cómo es, de dónde viene, qué piensa y otras indiscreciones, propias del autor a quien se inquiere a veces en forma despiadada pero no menos coninocionante.

Los autores presentados la noche de autos son Edmundo Valadés, María Luisa Mendoza, José Antonio Alcaraz, Vicente Leñero, Oscar Chávez y Eraclio Zepeda. Todos prologados en forma certera por Héctor Anaya, quien sabe traducir sus gustos ramonianos (de Ramón Gómez de la Serna) a una prosa aguda y por lo mismo epigramático, que combina el retrato exterior y la epopeya. Los libros están al cuidado de Blanca Pardo, cuya eficacia en el menester no se ha reconocido una sino muchas veces, y todas con aplauso.

Querido lector, el autor de la presente, debes creérselo, redactó un texto con las características mencionadas. Todo él destinado a encarecer el estilo castigado y sobre todo a exceptuar a los intelectuales del resto de los humanos. ¿Cómo puede ser eso? La respuesta es la siguiente: Dijimos que un intelectual se diferencia del resto de los mortales en que, a las primeras de cambio, sin que venga al caso produce dos momentos de su preocupación. La primera se refiere a decir a sus interlocutores que él es como Luis Vives, quien dijo algo parecido a que el hombre ocupa justamente el centro del gran círculo que es el universo. Reconocerá que Vives responde a los anhelos del Renacimiento y por lo mismo humaniza el pensamiento rescatándolo de la escolástica. La segunda se refiere a repetir con Pascal que el universo es un círculo cuyo centro está en cualquier parte. El intelectual de inmediato dice que aquí nacen las doctrinas existenciales bordeadas por la angustia toda vez que lo único real para el hombre es la duda de no saberse dónde se halla: cualquier parte.

Y una vez que me tomé la libertad de plantear cómo es un intelectual en lengua española, por lo menos, sin ahorrarme atribuciones borgeanas (tan preocupado por Pascal), y otras no menos melodiosas debido a la referencia al ruiseñor de Teócrito y de John Keats, destiné unos segundos a decir quién y cómo es un antiintelectual. Expresé que tanto Vives y Pascal, como Borges, Teócrito y Keats (incluido el ruiseñor), le importan un pito, lo cual produjo en el respetable un murmullo tal vez aprobatorio, quizá no.

No me detuve en el desafuero anteriormente referido, querido y admirado lector, porque dije que el escrito que había redactado la mañana de los hechos no había quedado a mi gusto, toda vez que mi ánimo no estaba para panderetas y sí para dobles debido a haber sido lanzado (deshaucio judicial) de mi casa, la cual ya no puedo ofrecerte lector para que pases el tiempo que estimaras necesario a la sombra de mis pobres libros, todos ay, a la fecha, encajonados en una oscura bodega amiga.

En este punto debo decirte que al no leer el texto multirreferido, debí improvisar mi participación de presentador de tan distinguidos escritores cuyos méritos todos conocemos y todos aplaudimos hasta enrojecer las palmas de las manos.

Ahí me tienes, pues, diciendo que cuánto gusto me hubiera dado ser Hernando Pérez del Pulgar, autor de Claros varones de Castilla, con el propósito de según las medidas de la modernidad y los oficios, decir quiénes son los otros claros varones mexicanos. Desde luego, me permití llamar a María Luisa Mendoza, varona, como solía decirse en los tiempos clásicos a las mujeres que trascendían los oficios femeniles y entregaban sus luces y demonios a la política, a la guerra y otras tareas donde la reciedumbre marca su paso.

Y como hablar no cuesta nada, querido y despierto amigo nuestro, dejé pronto a Pérez del Pulgar y de un solo vuelo me remonté a siglos más añejos todavía hasta alcanzar al mentiroso Diógenes Laercio. Expresé cuánto me hubiera gustado redactar sus Los filósofos más ilustres, con la colación de incluir entre los personajes que él consigna a Edmundo Valadés, a Eraclio Zepeda y el resto de compañeros. Los homenajeados no sé en qué medida se sentirían unánimes conmigo, pero la verdad es que me dejaban hablar sin interrumpirme.

Llegó el momento de referirme en particular a cada uno de los personajes, claros varones de la inteligencia mexicana y las cosas se produjeron de la siguiente manera.

Empecé por el más añejo, Edmundo Valadés, y dije que su advenimiento a la vida había sido un feliz suceso. Pronto entré en cuestión y mencioné su ceñido conocimiento de los clásicos latinoamericanos, verbi gratia Oliverio Girondo, autor de libros en cuya escritura palpitan vivos los peces de la vanguardia. El, en seguimiento de Vicente Huidobro, no habla de la rosa sino, más bien, la hace nacer en la tierra de sus letras. Esta circunstancia feliz ha inclinado a Edmundo Valadés a admirarlo y citarlo como maestro suyo mientras lo recomienda con el propósito de que lo sea de otros muchos.

Su comparecencia frente a los alumnos de la UAM Azcapotzalco, dejó un reguero de enseñanzas. Respondió a preguntas intencionadas en torno al hacer político del escritor, acerca de la problemática que sitúa al intelectual al momento de tomar partido en lides políticas; añadió observaciones en torno al dolor permanente sufrido por todos en relación con los desastrados sucesos de 1968. En todo momento guardó ponderación pero no medrosidad. El, al parejo de ver con pasión las cosas, sabe enfriar los juicios sobre los mismos con beneplácito de la cordura. ¿Nos entendemos lector dilecto? El, al igual que los políticos que conocen cuanto traen entre manos, sabe mantener el corazón ardiente y la cabeza fría; de aquí, pues, que sus interlocutores consultaban en Valadés un reloj de discretos, el mismo reloj que Fray Antonio de Guevara llenó de sabiduría, discreción y humanismo, para que los príncipes supieran siempre a qué hora de la verdad del poder se hallaban.

Y como Edmundo Valadés no ha vivido de balde, en todo momento imponía las sales del gracejo al repasar conocimientos y materias debidas al anecdotario de muchos hombres ilustres de éste y otros países. Vaya que ha recolectado hechos, sucesos, minivisages, polivalenticuentos, paellas con muchos guisados, todo lo referido al escritor y su mundo. Ello puedes tú leerlo en Excerpta, o algo parecido, columna suya publicada durante varios meses en el diario Excelsior y hoy dado a la circulación bibliográfica por la editorial Katún, en donde Chelo Moreno reina con inteligencia, diligencia y belleza absolutas.

El segundo lugar le tocó a María Luisa Mendoza. La susodicha no se halló presente. Fuertes diligencias electorales la mantenían fuera del Distrito Federal. Guanajuato, sin duda. ¿Sabes? Es su estado natal. Ahí, justamente, aprendió a bailar el trompo, el propio que sin esfuerzo se echa a la uña en Excelsior. Lo juega dilatando la polisemia, la gracia de estilo cercano a lo esperpéntico y por dicho motivo a título de río tributario de Valle Inclán, el infinito.

“La China”, le dicen propios y extraños. Además de periódicos y revistas, fatiga la televisión. Durante un larguísimo periodo colaboró con el llorado Luis Spota. Maneja la palabra, pues, en lo que se reconoce por los medios: periódico escrito, radio, televisión y la política. Un ser así, querido lector, no es difícil imaginarlo dando respuesta a los chayos de la UAM preguntándole cómo concilia ella la política con la literatura y cómo estima el poder en manos de la inteligencia. Cosa grata habrá sido escucharla decir con mexicana alegría que el poder como todo cuanto es obra humana, no resulta sólo motivo modelable por la inteligencia, porque

el sentimiento y la sensualidad, que no son lo mismo, esperan su parte en el banquete, ello con el propósito de mostrar al mundo que un político lo debe ser todo.- inteligencia, sensibilidad, emoción. Habrá dicho esto añadidas otras parafemallas mientras zurnba el trompo antes de marchar a la uña del preguntón.

José Antonio Alcaraz, tú lo conoces lector; lo seguro es que lo hayas escuchado más de una ocasión, o hayas hablado con él, todo ello mediante los fuegos del elogio o las condenas. A nadie le gustan más los extremos que a él, y por dicho motivo cosecha aquí y allá el elogio o las censuras. Nadie permanece indiferente frente a sus multiplicados, por mil, talentos. ¿Quién puede impugnarlo en música, su historia, el anecdotario, la dilatada teoría, el oficio? Y así como en la música, Alcaraz sabe literatura, sin presumirlo conoce con ceñimiento filósofos, teólogos, menestriles de diversos oficios, causantes de buenas y malas obras, y todo ello con espíritu crítico. En cuanto habla de inmediato pone en la base del cuadro crítico los elementos de la discusión y de aquí que no todos puedan seguirlo y él, a decir verdad, no hace nada por demeritar su discurso con los ajonjolíes del populismo.

Nadie como él para conjugar el verbo del cual es inventor, “bodriar”. Al citarlo lo hace sensibilizando la forma y el contenido del mismo al correr su aplicación a hechos, cosas y personas que, desde luego, no le son afines y si lo son entonces se disparan a quién sabría decir adónde por lo que dejan de serlo: afines. Si James Dean nació para perder, él nació para culto, pero sin peyoratividades, sino para dar dignidad al término.

Todos estos méritos, léase características, abonaron las respuestas de José Antonio Alcaraz frente a los leones con los cuales hizo de domador. Cualquier pregunta por espinosa que fuera halló en 61 pronto y limpia respuesta. Tan limpia como rotunda, porque él mismo lo expresa así teniendo a la vista el volumen físico que detenta. Vicente Leñero no se halló presente la noche de autos. Actividades prescritas por quién sabe qué hado lo mantuvieron alejado de la Galería Metropolitana. Esta ausencia le impidió escuchar cuanto pude alcanzar a tejer en torno a su persona y la relación con el pequeño volumen editado por la UAM Azcapotzaleo a propósito de la confrontación a que fue sometido.

El es, ha sido y seguirá siendo, un científico. El orden lógico de sus respuestas así lo hace ver. No se arrebatando a los diablos la congruencia, sino más bien se precave de que ello no ocurra yendo al efecto a la claridad de conceptos enmarcados en la respuesta que corre de menos a más. No deja nada sin responder. Su cultura es libro abierto de donde toma argumentos y la modulación a las respuestas que ofrece. Todo halla pertinencia y por tan feliz suceso, el oyente (el preguntón) aprende mucho. Porque él entiende que el aprendizaje no lo es solamente de cosas que se imprimen en la historia como discurrencias, sino sobre todo debe serlo merced a la comprensión del método mediante el cual se organiza el discurso. Esto es medular y por tal motivo se sitúa en la estructura del conocimiento; en la gnosis, ¿no?

Le sienta bien y mucho el ser matemático, que haya seguido la carrera de ingeniero. Así ofrece dos fases a la creación literaria: la libertad sin barrera del inspirado, y la libertad meditada del científico. Añade al campo los conocimientos sobre la Biblia, las preocupaciones enraizadamente políticas, la multiplicación de formas y géneros que lo llevan a la novela, el cuento, el teatro, el ensayo, y otras formas permeadas por la doctrina, el entretenimiento, la duda, el pasmo y cuántas cosas más que la palabra amaestrada por el escritor mueve en lectores y espectadores.

Oscar Chávez sí estuvo presente y escuchó de tu pobre amanuense, amadísimo lector, muchos elogios a su tarea de artista del pueblo, más que popular, de artista de la gente que enfrenta la realidad política con el alto decoro de la militancia rebelde e intransigente.

No cantó en esta ocasión, más bien se comportó revestido por la sencillez que nunca lo ha dejado. El dicente, oferente o presentador de los autores editados por la UAM de Azcapotzalco, encareció la lectura del tomito dedicado a Oscar Chávez, habida cuenta de las virtudes que encierra. Sus contestaciones especificadoras de cuanto es en México el sindicalismo, de quiénes traicionan los principios, de quiénes permanecen fieles a ellos, de por qué en muchos parámetros estamos como estamos, y por qué en otros no estamos como deberíamos estar. Sin ser un teórico propiamente hablando, posee el conocimiento suficiente de la realidad latinoamericana para entender cómo nada escapa a los embates de los enenúgos de los pueblos. Sabe justamente dónde nos aprieta el zapato y no tiene reticencias para reconocer que todo se debe a la política del “mal vecino”. Su antiimperialismo es manifiesto y manifiesto es su respeto absoluto a la política que no descuide los términos

de respeto a El Salvador y Nicaragua como países que buscan preservar, uno su soberanía contra los embates de los poderosos, y el otro darse el régimen que persiguen las masas organizadas en una guerra sin treguas.

Como investigador, Oscar Chávez ha recorrido el folklore mexicano de arriba abajo, el americano y español en buena medida. A él le debemos muchas versiones de canciones prácticamente perdidas. La valona del Xanate sigue siendo un hallazgo de primera calidad, y asimismo sus interpretaciones de romances tradicionales, así como de muestras de la lírica popular iniciada en la cuna medieval de la España mozárabe.

Eraclio Zepeda, el último en turno y no por ello menos estimado, es conocido tuyo; podría asegurarlo. No hay quien no lo curse. Camina con pie firme por donde tú pasas. ¿Acaso no lo has oído ejercer las artes de la cuentalia? Sus formas de orquestar el verbo son muchas: la aria, el dúo, el trío, el coro; todo merced a facultades en las cuales concurren innumerables formas posibles de la narrativa. Los animales no le son ajenos. Sabe referir el sucedido de un caballito que se enamoró de una nube y al ir en su busca estiró tanto el cuello que se tornó jirafa. También sabe esculpir cuentos de coyotes, pizotes, mapaches y otros animales propios de su tierra, Chiapas. Y en los sucesos acomoda sus “tiliches” Omarcito, personaje que también cuenta cuentos y es parte de ellos. Y no para en él todo, hay otros muchos personajes a quienes Eraclio Zepeda llama “tío”, porque este tratamiento suple con ventaja al señor y el don.

Oírle es gloria y valor de uso, porque no cuesta nada y baña el espíritu con agua fresca. Y así ocurre también al leerse. Sus páginas saturan la gramática propia del lugar (Chiapas) con gracias y gracejadas largas de contar, pero también de seriedades en su justo punto. Vive entre palabras, éstas lo identifican; son boa que lo enrosca con sinnúmero de adujas, y al apretarlo lo hace espetar todo cuanto sabe la gente de los pueblos del Sureste. ¿Ya se le ocurriría a alguien rastrear en las imaginerías de Zepeda huellas frescas del Sandebar, de Calila y Dimna, del Libro de los Gatos de Odón de Chertón, del Panchantatra, y otros ilustres antepasados bibliográficos que subyacen en la narrativa de todos los países y tiempos?

Y también en él se da el político. Juega para diputado y todos esperan que salga electo (¿elegido?). Dicen que va a ser acontecimiento pocas veces visto y oído sus participaciones en la cámara. Se anuncia una renovación de la retórica cameral, en grados que ponen el gusto en quienes esperan de los diputados las hermosas piezas a que alguna vez nos acostumbraron notables tribunos de aquí y otros países. Ya hay quien aspira a llamarle el Emilio Castelar de Tuxtla, otros más excedidos le nombran desde ya el Cicerón de Palenque. En fin, cada quien a su manera baja del santoral parlamentario santos hechos a su imagen y semejanza.

En términos generales ilustre entre ilustres por generoso y paciente, lector amigo, así transcurrió la sesión destinada por la Universidad Autónoma Metropolitana, de Azcapotzalco al lanzamiento al mercado de libros los propios de Edmundo Valadés, María Luisa Mendoza, José Antonio Alcaraz, Vicente Leñero, Oscar Chávez y Eraclio Zepeda. Los acontecimientos tuvieron lugar, como quedó dicho, en la Galería Metropolitana.

Como nota a pie de página debemos decir que la colección Laberinto en la que se enlistan los autores citados, llega ya al número 16, lo cual es un récord en el orden de ediciones universitarias. Todo se debe, ya lo dejamos advertido, al maestro Héctor Anaya y a Blanca Pardo, quienes se han echado auestas esta hermosa tarea, amén de otras en las cuales los libros tienen parte principal. Y bien querido lector, estamos a un paso de terminar la presente, poner punto final. Muchas cosas quedan en el tintero. Mas si no ocurriera esto las cartas no tendrían, reconozco, razón de ser. Lo importante en ellas no es lo que se dice sino lo que se omite por falta de tiempo, de espacio, humor o por simple olvido.

Pero cuán hermoso es imaginar que en lo no dicho estriba la importancia de la temática epistolar. Claro, si somos bien pensados, lo ornitado será sobresaliente, pero si no, entonces lo pretendido será malo como un dolor hepático. Nosotros sabemos lector, que tú siempre has sido campo propicio a la bondad y por lo mismo sabemos que tus pensamientos suplen lo aquí olvidado, con hermosos motivos que van desde pensar en la hermosura de vivir hasta en la belleza que imperará un día, el propio de cuando la paz mundial impere y no se mire como se dice por ahí, en trapos de cucaracha. ¿Y qué haces tú por ella? Vaya preguntita; la correcta debería ser, ¿qué hacemos todos, sin excepción, por ella?

En próxima ocasión (cruza los dedos) es probable que ya tengamos casa propia en donde contar con el servicio de libros a los cuales copiar pasajes que tanto engalanan una carta, así se les elija muchas veces a las tontas y a las locas; por el momento ello no es posible. Ya llegarán tiempos mejores. Y sin más por el momento, y en la seguridad de que en próxima ocasión insistiremos sobre la temática de cuantos bienes comporta el ahorro de palabras, tanto como metodología como por constituir asunto seguro para conservar amigos y amigas: no lo olvides, ellas nos prefieren mudos, recibe las expresiones más altas del cariño que cultivamos para ti y las muestras de agradecimiento por tolerar tanto dislate a título de haute cultura.

Hasta otra vez.